



NUM. 4.

MADRID, 28 DE FEBRERO DE 1857.

AÑO I.

SUPERSTICIONES POPULARES.

iscurrir sobre la materia de que trata este epigrafe, es casi engolfarse en un asunto interminable. ¿Cuál es el origen de las supersticiones populares? Sería preciso

irlas examinando una por una, y trazar su marcha, remontándonos de siglo en siglo; porque cada una tiene un sello particular que la distingue según la índole, los hábitos, el clima de las naciones que las han adoptado. Las supersticiosas tradiciones de los pueblos meridionales participan de la brillantez de la imaginación de esos pueblos; mientras en las del Norte se observa la energía salvaje, la grandeza sublime, la melancólica nebulosidad de las regiones septentrionales.

Sin embargo, ya se encuentren estas creencias supersticiosas en el Norte, ya en el Sur, ya en el antiguo, ya en el nuevo continente, se observan en todas ellas rasgos y caracteres que indican una procedencia común, el Oriente, cuna del género humano. Su origen es casi contemporáneo del de la especie humana; ellas acompañaron al primer desbordamiento de las naciones por los puntos desiertos de la tierra; se dividieron, como se dividió la humanidad, y á donde quiera que el hombre di-

rigió sus pasos, allí le siguieron adoptando la forma, el carácter, el distintivo de las diversas razas.

No hay que burlarse de las preocupaciones de nuestros padres; respetemos sus errores, aunque los reconozcamos; nosotros tenemos los nuestros, que otros siglos indicarán: fuera de que esas creencias tienen todas un fondo de verdad; son en mi concepto una verdad primitiva, oscurecida y envuelta, digámoslo así, por las fábulas de que la ha revestido la imaginación, fábulas que transmitidas de siglo en siglo en la larga serie de las edades del mundo, se han enlazado con ella hasta el punto de ser casi imposible purificarla. Muchas de esas tradiciones son evidentemente bellas, y todo lo que es bello no puede menos de ser una verdad para nuestra alma, si no es realmente un hecho para nuestros sentidos.

La creencia en las relaciones directas del hombre con seres superiores á su naturaleza es una de las que hallamos universalmente extendidas. Arxuna en la India sube al cielo de Indra; la imaginación de los griegos pobló toda la tierra, el aire y las aguas de seres sobrenaturales; las fuentes tenían sus ninfas, los bosques sus driadas y hamadriadas; el mar sus tritones y nereidas; los romanos no concebían afecto, ni pasión, ni aun acto que no tuviera por abogado, protector ó iniciador un ser mas elevado que los hombres y dotado de propiedades inmortales; y llegó su furor de dedicarlo todo, hasta el punto de poner bajo la advocación de los dioses las acciones mas impuras é indecentes; en la edad media el Norte nos ofrece sus gnómos que habitan las entrañas de la tierra; sus wíltis que cuidan de los bosques y sus ondinas que pueblan las orillas de los lagos. Las walkirias son doncellas hermosas que cuidan de los guerreros muertos en los combates, y les sirven la comida en el cielo de Odin. En el Oriente encontramos las huries del paraíso de Mahoma, al ángel Gabriel dictando al profeta el Corán, y á los genios apareciéndose á cada momento como mensajeros de la Divinidad á los creyentes. En nuestros climas y en tiempos mas modernos, hallamos los duendes, trasgos, espíritus foletos y los diablillos familiares; seres benéficos ó maléficos, según la imaginación de los que los han descrito. Y escritores muy graves y muy sesudos, y doctores muy versados en materias de filosofía escolástica, nos han pintado con gran minuciosidad y abundante copia de datos las costumbres, naturaleza, índole y carácter de esos seres, que aun sin despojarlos de sus atavíos actuales, encontramos tambien en épocas remotas. Sócrates tenía, según dijo varias veces, un diablo familiar, que le aconsejaba lo que debía hacer y con quién hablaba con frecuencia. En ocasiones, en medio de una

conversación con sus amigos, en el paseo, en marcha, se detenía, se quedaba como absorto, no oía lo que pasaba á su alrededor; estaba oyendo á su diablo familiar. Numa Pompilio no tomaba ninguna disposición para su gobierno sin contar con la ninfa Egeria que le daba los mejores consejos del mundo; Sertorio tenía una cierva que le hablaba al oído y le revelaba las órdenes de los dioses; Cornelio Agripa nos daba hace cuatro siglos instrucciones detalladas sobre el arte de evocar los espíritus y hasta las palabras de la evocación; posteriormente Swedenborg asistía diariamente á una tertulia de seres sobrenaturales; no hay hombre grande de quien no se haya dicho que tenía á su servicio y devoción algun demonio familiar, y en nuestros dias las verdaderas ó supuestas alucinaciones de un personaje, se han querido hacer pasar por revelaciones de una hada bienhechora.

Hallamos tambien universalmente extendida la creencia en dones sobrenaturales concedidos al hombre. Los magos del Oriente son y serán siempre famosos por sus prodigios; en Grecia se conocen desde los tiempos mas antiguos las pitonisas que en el recinto de los templos, inspiradas del respectivo númer, dictaban los oráculos y anunciaban su suerte á los pueblos ó particulares que las consultaban; las sibilas se presentaron en Roma y hasta escribieron libros, donde estaban los destinos de la ciudad eterna; las sagas en la misma ciudad se ocupaban en hacer sortilegios, rehacer doncellas, procurar envenenamientos, abortos ó enfermedades, componer filtros amorosos, para lo cual se valían de verbas cogidas á la claridad de la luna en medio de palabras misteriosas conque evocaban los espíritus, de sangre de niños sacrificados en determinadas horas, dientes de cadáveres y otros objetos terroríficos.

Y véanse aquí descritas nuestras brujas y hechiceras. Tambien ellas buscaban los dientes de los ajusticiados para componer sus amuletos y sazonar sus breves, y tambien se ocupaban en los mismos oficios que las sagas romanas. Solo que las brujas tenían sus conciliábulos y estaban unidas por pacto expreso al demonio, el cual las congregaba en distintas ocasiones, no solo para que celebrasen á su vista sus juegos y danzas, y para tener con ellas un rato de solaz que le distrajesen de sus graves tareas, sino tambien para comunicarles sus instrucciones sobre el modo de dañar á los hombres. Ademas del gran demonio, tenían las brujas cada una su diablillo familiar en figura de sapo, que conservaban cuidadosamente guardado en una bolsita hecha al efecto. Este las avisaba su obligación, las servía en los encantamientos y las conducía por el aire, ya haciéndolas subir en el palo

de una escoba, ya en el lomo de una cabra, ya, en fin, entregándolas al mismo demonio en persona.

Pasó el tiempo de las brujas, pero aun continuaron gozando de universal crédito los adivinos y adivinas, los que cultivaban las ciencias ocultas, los intérpretes de sueños, augures, arúspices, taumaturgos y autores de prodigios que desde tiempo inmemorial habían venido apareciendo en todas las naciones. José interpreta en Egipto los sueños de Faraón; Daniel en Babilonia los de Nabucodonosor; el anciano Tiresias es la admiración de la Grecia por sus pronósticos; «guárdate de los idus de marzo», dice un adivino á César, y César es asesinado en los idus de marzo. Los devotos de San Pascual Bailón admiran la singular bondad con que este santo por medio de tres palmadas les avisa con anticipación de tres días la hora de la muerte. A últimos del pasado siglo apareció en Europa el célebre Cagliostro, que se jactaba de ser uno de los arquitectos del templo de Salomón; Cagliostro conocía y presagiaba el porvenir, había tenido siete vidas en el mundo y contaba pasar otras muchas más. Aun no se ha olvidado en Francia á la célebre profetisa Lenormand, que vivía en 1820, que vaticinó su suerte á Napoleon y á los Borbones, y que diciéndose descendiente de la Sibila de Cumas, escribió un libro de oráculos. En España tenemos una raza entera de agoreros, y hemos tenido también personas inspiradas que no es del caso citar. Todavía en toda Europa se practica la *cartomancia*, la adivinación por medio de las cartas; la *quiromancia* es tan antigua como el mundo; actualmente en Roma hay una *Catalina* que se ha atrevido á predecir su suerte á los cardenales; y todos los años una multitud de profetas, mas ó menos falsos ó instruidos, nos anuncia el porvenir.

Si del hombre pasamos á los animales fabulosos, aun encontraremos sobre este punto creencias universales. El dragón, por ejemplo, es tal vez el animal mas célebre y mas minuciosamente descrito por poetas, pintores y artistas. Representábase generalmente en figura de serpiente, pero con piés como el cocodrilo, con alas como el águila, y con escamas impenetrables; y así como se ha querido que pudiese andar por la tierra, por el aire y por el agua, se le ha dado una astucia y un poder proporcionados á estas cualidades. También la idea del dragón vino del Oriente: los chinos creen todavía que el sol está perseguido por un gran dragón que trata de devorarlo; y cuando ocurre algún eclipse, se reúnen en gran multitud en las plazas y calles, cada cual con los instrumentos sonoros que puede haber á la mano, y hacen con ellos un ruido infernal á fin de espantar al monstruo y obligarle á abandonar su presa. Sus tradiciones mas antiguas hablan de un dragón enorme que fue destruido por uno de los espíritus celestes que gobernaban el mundo en las primitivas épocas, bajo la dirección del Ser Supremo. ¿Será este un vistumbre de la verdad con que las Escrituras nos presentan la lucha entre los ángeles buenos y los malos?

Filostato, en la vida de Apolonio de Tiane, dice que los indios se entregaban con furor á la caza de dragones por medio de artes mágicas. A una de estas cacerías asistió Apolonio, según cuenta su biógrafo, y en ella experimentó gran placer «por ser caza magnífica que tenía tanto de humana como de divina.» El mismo autor nos describe los monstruos, objeto de las diversiones sobrenaturales de los radjas indios y de su comensal Apolonio. Sus ojos y escamas, dice, brillaban como carbunclos; estas eran impenetrables y duras como diamantes; aquellos causaban un efecto eléctrico sobre los hombres, de que solo por artes mágicas era posible librarse. No solo los pantanos, sino los montes y las rocas, añade Filostato, abundan en estos animales. Los dragones de las montañas son grandes, feroces y magníficos; tienen una cresta que toma considerables proporciones á medida que crece el animal; unos son encarnados y con barba, otros tienen las escamas blancas como plata; las pupilas de sus ojos, de un brillo singular, poseen la virtud maravillosa de descubrir los tesoros escondidos. Las piedras preciosas que los dragones de las montañas llevan en la cabeza, son un antidoto contra el veneno; pero, dice Plinio, deben ser estraidas cuando el animal está vivo.

Los cuentos árabes nos hablan repetidas veces de los dragones guardadores de diamantes y piedras de singular virtud en la cima de montañas, en el fondo de valles inaccesibles, en cavernas de ilimitada profundidad y extensión. Otros custodian tesoros encargados á su celo por genios ó por magos; algunos son fieles y vigilantes depositarios del huevo que estrellado en la frente de un descomunal vestigio, ha de destruir el encanto en que yace aprisionada una hermosísima princesa mora; otros, en fin, tiran del carro de la Noche ó conducen gigantes por los aires ó salen de sus cuevas á sus expediciones asoladoras, y esparcen el terror por comarcas dilatadas envenenando el aire con su aliento.

De esta clase de dragones se ven muchos en la antigua Grecia, después entre los romanos, y luego en la edad media. Hércules mereció la apotheosis por haber destruido multitud de estos monstruos, entre ellos la famosa hidra de Lerna. La mitología griega ha hecho célebre el dragón que guardaba las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, y todo el mundo sabe que los Argonautas no emprendieron su peligroso viaje sino con el objeto de apoderarse del vellón de oro de un carnero puesto bajo la

especial tutela y vigilancia de un enorme dragón que echaba fuego por la boca y por los ojos.

En la edad media el dragón es generalmente el símbolo del demonio, como lo muestran las efigies de San Miguel, en que Satanás suele estar representado en esa figura. San Anton retirado en el desierto experimentó varias veces las tentaciones del enemigo en figura de dragón monstruoso; San Jorge pelea ya con un dragón y le vence, no como San Anton con las armas de la penitencia, sino con su lanza como guerrero del Señor. No hay caballero andante en la edad media que no tenga que habérselas á menudo con un dragón mas ó menos formidable, de cuyo vencimiento depende el éxito de una importante aventura. Santa Marta, estando un día predicando en Aix, tuvo noticia de los estragos que hacia un horrible dragón llamado *Tarasca*, que tenía su habitación en un pantano inmediato. La santa se dirigió sin perder tiempo á la morada del monstruo, le apaciguó rociándole con agua bendita, y quitándose después una liga, le ató y le llevó por Aix como si fuese un cordero. Y los que tenemos alguna edad, ¿no recordamos todavía haber visto en nuestra niñez la *Tarasca*, precediendo á la procesion del Corpus? Era esta una figura de serpiente que alargaba y encogía la cabeza, y ponía todo su conato en atrapar el sombrero del que se le acercaba. De sus espaldas salían unas figurillas que entretenían á los muchachos mientras la serpiente trataba de hacer presa en el adorno de sus cabezas. Véase según don Juan de Zavaleta escritor del siglo XVII, lo que aquel símbolo significaba.

«Aquella, dice, es la serpiente que venció Cristo en la cruz y que va como vencida en el triunfo. Entregado va allí el demonio á los muchachos como loco, pues no puede haber cura mas grande que oponerse á Dios. Va á los muchachos entregado, porque son los que representan á los justos.... Aquella culebra va alargando la garganta á los sombreros, como el demonio á las cabezas; á todos los quiere tragar el entendimiento para que sin entendimiento obren.... De las espaldas de esta serpiente salen de cuando en cuando bullendo con holgura los vicios para divertir al muchacho á quien intenta cogerle el sombrero. El que se divierte, le pierde; el que se desvía, se escapa. De estos reparos puede resultar reparo en las costumbres: quien no los hace, no se aprovecha de la intercepción del día.»

Vemos, pues, cómo las creencias populares han tenido ya un fondo de verdad, ya una razón de ser, un origen religioso, ó filosófico ó moral, aunque después en el transcurso del tiempo se haya perdido su primitiva significación, y se haya enredado la verdad entre fábulas mas ó menos bellas, mas ó menos inverosímiles ó absurdas.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

UN EPISODIO HISTÓRICO.

(CONCLUSION.)

Delante de él se levantaron como dos amenazas sombrías y terribles á su intención, el cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros, el hombre de hierro; Gonzalo Fernandez de Córdoba, el Gran capitán, el conquistador de Nápoles, el terror de los franceses, el invencible, y tras estos dos gigantes la luminosa pleyada de la nobleza de Castilla, con sus nombres ilustrados en la conquista de Granada, con su sangre vertida sobre los arenales de Africa y sobre los vergeles de Italia.

Fernando V, pues, pensamiento de Maquiavelo, alma curva, se doblegó ante lo irresistible de los sucesos como se habia doblegado tantas veces, y aceptó lo que le daban proponiéndose tomar lo que á las manos se le viniese.

Pero la reina doña Juana era su hija, y Aragon, Nápoles y Sicilia sus reinos; podía por una parte influir en el ánimo de doña Juana en daño de su esposo, y en cuanto á sus reinos...

Un segundo casamiento podía darle hijos...

Fernando el Católico envió agentes secretos á doña Juana para entablar con ella secretas negociaciones, al mismo tiempo que podía por mujer al rey de Portugal, á aquella desdichada hija de Enrique IV, desheredada por culpas de su madre del trono de Castilla, llamada por los castellanos la *Beltraneja*, y por los portugueses la *Excelente señora*.

Pero el emisario del rey á su hija fue descubierto y encerrado, encerrada en su aposento de palacio la reina doña Juana, y por la parte del rey de Portugal negada al rey la mano de la *Excelente*, que, sepultada en un claustro hacia ya muchos años, habia renunciado completamente á las vanidades mundanas, y manifestó una repugnancia invencible á este enlace.

El implacable sueño seguía reproduciendo en el rey Católico, avivando, los amargos sinsabores que habia empezado á experimentar desde la muerte del principe don Miguel, y que habia exacerbado la de la reina Isabel.

Y siguió el sueño.

Allá en Francia habia una princesa, hija del conde de Narbona Gaston de Foix, hermana del rey Luis XII, nieta de doña Leonor, hermana del rey don Fernando, hija del rey de Navarra y de Aragon, don Juan, su padre, y de doña Blanca, reina propietaria de Navarra.

Esta princesa se llamaba Germana de Foix.

Era joven y hermosa, pero indigna de reemplazar en el talamo de Fernando V á la reina doña Isabel.

Fernando cerró los ojos á todo: ¡un hijo! ¡un hijo que robase sus reinos á los austriacos! ¡un hijo que dividiese otra vez á España, é hiciese infecundo aquel consorcio admirable que parecia haber sido decretado por la Providencia!

Hicieron paces á causa de este matrimonio entre Francia y España por ciento y un años (que sin embargo no duraron otras tantas semanas), y Fernando V tuvo una segunda esposa.

Unieron en fin la ambicion y la locura, y entonces el sueño implacable, terrible, la mirada retrospectiva á su pasado desde el borde de la tumba, hizo gemir al rey, retorcerse, sentirse torturado por aquel letargo cruel, por aquella segunda vida del remordimiento.

Su ojo suspicaz vió á Castilla escandalizada ante el monstruoso consorcio de un rey envejecido por la insaciable sed de dominio, por la continua lucha con los hombres y con las cosas, con una bacante coronada. Repugnó á los menos escrupulosos aquella intencion innoble de robar á su hija, á sus nietos, una herencia que les pertenecía, y la nobleza castellana abandonó al rey, yendo los unos á poblar las cámaras de los embajadores flamencos, los otros á sus castillos, quedando solo al lado de Fernando, Cisneros, el Almirante, el marqués de Denia y el duque de Alba.

¡Oh! ¡y que sueño tan horrible!

¡Oh! ¡que horrible el semblante del moribundo en que se reflejaba aquel sueño!

¡Oh! ¡y cuanto razón tenia fray Tomás de Matienzo, confesor de Fernando, en estremecerse ante aquello que pasaba por el semblante del rey Católico, incomprendido, sombrío, mas sombrío por su misterio, misterio que solo sondeaban, el rey que sufría aquel martirio, Dios que en su justicia lo permitía!

Y siguiendo el sueño, vió el rey llegar un día en que cayó á los piés del trono de Castilla como un árbol herido por el hacha del leñador, el extranjero que le ocupaba.

Felipe murió.

Murió, y una sonrisa convulsiva, sardónica, cruzó por los labios de Fernando V.

Y vió que apenas muerto Felipe el Hermoso, la mal domeñada nobleza de Castilla, empezó á revolverse, y que volvían los antiguos trastornos, y que desconfiaban los unos de los otros y se hacían la guerra los mas allegados.

Vió con un amargo despecho que los castellanos para sosegar el reino, pensaban en el gobierno de Cisneros, juzgando insuficiente el suyo, y vió traído y llevado de villa en villa, y de fortaleza en fortaleza, á su nieto el infante don Fernando, de quien los principales magnates querían apoderarse y jurarle sucesor de la corona en daño de su hermano Carlos de Gante.

Porque el infante don Fernando habia nacido en Castilla y don Carlos en suelo extranjero.

Y crecían los bandos y las parcialidades, y los desafueros y los desastres, como en un reino falto de cabeza.

Y este recuerdo pasaba por el sueño del rey, y á este seguía otro: el del día en que los castellanos, desesperados recurrieron á él y le confirmaron en el gobierno del reino.

Y el sueño seguía revuelto, terrible, torturando á Fernando V, amargando su agonía, representándole en el porvenir una horrible lucha entre sus dos nietos don Carlos y don Fernando, y una no menos horrible guerra civil en sus reinos.

Y en medio de este torbellino de sucesos pasados, aparecía la reina Germana, con sus galanteos, con sus dispendiosos gastos, como el reverso repugnante de la reina doña Isabel.

Para consolar estos dolores, su rivalidad hacia Cisneros, su injusticia para con Gonzalo Fernandez de Córdoba, la usurpación del reino de Navarra á Juan de Labrit, hubo un momento en que el rey creyó logrados sus deseos, satisfecho su odio contra la casa de Austria. La reina Germana estaba en cinta.

Fernando V llegó entonces á amar á la reina Germana.

Dios le concedía el heredero que tanto habia deseado. ¡Caricia traidora de la fortuna, promesa no cumplida, alegría tornada en despecho!

Fernando el Católico, vió otra vez ante su dormido pensamiento el cadáver de aquel infante, muerto apenas nacido, perdido apenas logrado.

Y se obstinó, y su obstinacion, su rebeldía contra el cielo que parecia avisarle, apresuró el fin de su vida, de aquella vida tan agitada por la sed de dominio, por lo insaciable de su ambicion.

Por el mes de febrero de 1513, empezó á sentir la dolencia que debia acabar con él, y que se atribuyó á no sé qué potaje que le dió la reina su mujer con codicia de tener hijos; potaje ordenado por unas mujeres, de las cuales dicen que fue una doña Maria de Velasco, mujer del contador Juan Velazquez. (1)

De modo que su ambicion y su orgullo costaban á Fernando V la vida, como si Dios hubiera querido castigarle.

¡Horribles eran los recuerdos que su sueño de

(1) Literalmente histórico.

muerte presentaba á aquel hombre que tan grande aparece en la historia al lado de Isabel I, y cuya gloria empañó tanto su casamiento con la reina Germana!

Y aquel sueño se concentraba y se revolvía, y hacia pedazos la conciencia del rey.

Y en medio de aquel impuro y ardiente torbellino de recuerdos, entre los lívidos semblantes del archiduque don Felipe su yerno y del Gran Capitán, el hombre á quien había odiado mas porque era el único cuya grandeza pudiera darle mas zelos, le pareció ver á Isabel la Católica que le miraba severa y le acusaba en silencio, y le pedía cuenta de aquellos doce años perdidos en una lucha infecunda y vergonzosa y en preparar á Castilla nuevos desastres.

Y cuando el rey, no pudiendo resistir mas, sentía uno de esos terrores pánicos que envuelven nuestro espíritu en medio de una horrible pesadilla y parecen aniquilarle, oyó una voz que decía:

—Don Fernando, don Fernando, despertad que vuestra esposa os llama.

Y el rey despertó, y fija aun en sus ojos la imagen de la reina Isabel, vió sobre su semblante el semblante de una mujer joven, con la candente mirada fija en sus ojos.

Aquella mujer era la reina Germana.

—¡Oh! ¡y que ensueño tan temeroso! exclamó el rey.

VI.

Por algun tiempo continuaron mirándose el rey y la reina.

El con la mirada medrosa y estraviada; ella con la mirada ardiente, llena de una ansiedad innoble.

La una representaba el terror del remordimiento: la otra el miedo del egoísmo.

Estaban solos.

—Paréceme que andabais en córtis en Calatayud, dijo al fin el rey, ¿por qué sois venida, señora?

—Nuevas me han llegado esposo y señor, que mas de tristeza y cuidado que de contentamiento han sido para mí. Los médicos dicen...

—¿Qué mi fin es llegado, y venís á verme morir?

—Vengo á donde Dios me manda estar.

—Un hechicero me dijo que moriría en Madrigal: una santa que antes de morir ganaría á Jerusalén: paréceme que ni el sepulcro de Cristo he sacado del poder de los infieles, ni este pueblo es Madrigal sino Madrigalejos. También el cardenal Adriano ha venido ayer á mi como los cuervos al olor de la carne muerta: pero le he hecho que se vuelva sin que me vea, y también mi confesor, el padre Matienzo, se ha empeñado en que me muero, y me habla de confesion y de testamento, como si yo no hubiese ya otorgado en Burgos...

—Pero señor, dijo adelantando el doctor Carvajal, que habia asomado poco antes á la puerta; de los prudentes es vivir prevenidos y la mayor virtud de vuestra alteza ha sido siempre la prudencia.

—Si morís, señor, sin renovar el testamento de Burgos, dejareis en grandes dudas á estos reinos y muchas cosas por hacer, dijo la reina.

—Entre otras el señalamiento de maravédises para vos, dijo el rey.

Púsose pálida la reina; porque al decir el rey estas palabras, habia en sus ojos algo de extraño y terrible.

—Y cierto, si teneis razon, añadió el rey: por lo tanto quiero creer en lo de mi muerte y disponerme á ella. Doctor Carvajal confesarme quiero: haced venir al padre Matienzo, y vos, señora, dejadme solo con mi confesor.

Poco despues el padre Matienzo entró.

VII.

De la confesion resultó que el rey mandó llamar al licenciado Zapata, al doctor Carvajal, sus relatores y refrendatarios de su cámara, y al licenciado Zapata su tesoroero general, todos del consejo real.

Encerrados con el rey Católico, este con gran secreto les dijo.

—Ya sabeis señores, cuánto he fiado de vosotros en la vida, y porque de lo que me habeis aconsejado siempre ha resultado bien, ahora en la muerte os ruego y encargo mucho que me aconsejéis lo que hacer debo, principalmente acerca de la gobernacion de los reinos de Castilla y de Aragon. En el testamento que hice en Burgos, dejo encomendada al infante don Fernando, mi nieto, esta gobernacion, pues, como sabeis, le he criado á la costumbre y manera de España, y creo que el principe don Carlos no vendrá á estos reinos, ni estará de asiento en ellos para regirlos y gobernarlos como es mester; que estando, como está fuera de ellos en la tutela de gentes no naturales, mirarán aquellas antes su propio interés, que no el del principe, ni el bien comun de estos reinos.

Calló el rey, y por algun espacio callaron los consejeros, porque veian claro la intencion de Fernando V de mantener su anterior testamento; pero como era necesario que contestasen, dijo al fin á nombre de los otros el doctor Carvajal:

—Vuestra alteza, sabe bien, señor, con cuánto trabajo ha reducido estos reinos al buen gobierno, paz y justicia en que están, y que los hijos de los reyes nacen todos con codicia de ser reyes; que ninguna diferencia en esto hay entre el mayor y los otros hermanos que el de tener el primogénito la posesion. Asimismo conoce vuestra alteza, la condicion de los caballeros y grandes de Castilla, acostumbrados á acrecentarse en las perturbaciones y en las necesidades en que en otro tiempo han puesto y ahora quisieran poner á sus reyes: parece por lo tanto á los de vuestro consejo, señor, que debe vuestra alteza dejar por gobernador de estos reinos de Castilla al principe don Carlos, á quien de derecho corresponde la sucesion de ellos; porque, sin embargo en que el señor infante don Fernando es tan excelente de virtudes y buenas costumbres, siendo de tan poca edad como es, necesita ser regido y gobernado por otros, en los cuales, acaso no se pueda tener tanta seguridad que, puestos en el gobierno, no deseen movimientos y revoluciones para destruir el reino, y destruyéndolo acrecentarse. Y no puede haber seguridad alguna que esto escuse sino dejando lo suyo á su dueño, cosa muy conforme á Dios y á la buena conciencia, á la razon natural, al derecho divino y humano y en que hay menos inconvenientes. Acuérdese vuestra alteza de lo pasado y de las dificultades y trabajos que vuestra alteza y la reina Católica tuvieron cuando empezaron á reinar, y conoceréis, señor, claramente, en cuánta desgracia quedará todo dejando por gobernador al infante don Fernando, estando ausente el principe don Carlos y viéndolo la señora reina doña Juana vuestra hija. Ved, señor, que dejando el gobierno al infante, le poneis en grandes tentaciones de hacer lo que su condicion no le aconseja y que apoderado el infante de estos reinos, nunca vendrá á ellos su legítimo señor el principe don Carlos.

Calló el doctor Carvajal y el rey guardó silencio por un gran espacio, sin que ninguno de los consejeros se atreviese á romperle.

—Y que no deje el gobierno al infante, dijo de repente el rey, ¿á quien creéis que debo dejarlo entre tanto viene de Flandes ó provee de ello el principe don Carlos?

Guardaron silencio embarazados por esta pregunta los del consejo, y solo Zapata se atrevió á nombrar al cardenal arzobispo de Toledo fray Francisco Jimenez de Cisneros.

Frunció el rey el codo entrecejo y dijo con voz ronca. —Pronto vosotros sabreis su condicion.

Y como ninguno le replicase, añadió con voz mas serena.

—Aunque es buen hombre, de buenos deseos, criado de la reina y mio, y siempre hemos visto y conocido tener la aficion que debe á nuestro servicio.

—Así es la verdad, señor, dijo el licenciado Francisco de Vargas, y tan buena es la eleccion, que sin grandes inconvenientes no puede hacerse en otros señores y grandes que la esperan.

—¿Y en lo de los maestrazgos, dijo el rey con voz insegura, puedo dejarlos á mi nieto el infante don Fernando? ¿Qué me aconsejáis?

—Si la posesion de un solo maestrazgo, señor, dijo el licenciado Vargas, ha bastado tantas veces para poner en turbulencias el reino, ¿cómo quiere vuestra alteza que no sea peligroso poner tres maestrazgos en una persona real? Quedar deben en la corona, y no robustecer y dar soberbia á vasallos, tanto mas, cuando vuestra alteza y la reina Católica proveyeron tan sabiamente poner su administracion en sus personas.

—Verdad es, dijo el rey; pero mirad que queda muy pobre el infante don Fernando.

—La mejor riqueza que vuestra alteza puede dejar al infante, es dejarle bien con el principe don Carlos, su hermano mayor, rey que ha de ser, y por lo demás, vuestra alteza puede dejar al infante en el reino de Nápoles lo que fuere servido, que esto aprovechará á Castilla, y aprovechará también á la guarda de Nápoles.

—Quiero pensar á mis solas en lo que me habeis dicho, contestó el rey despues de un momento de meditacion: id y llamad á mi protonotario Clemente Velazquez, y volved.

Los tres consejeros salieron.

El rey quedó solo á la opaca luz de una lámpara que habian puesto sobre una mesa dentro de la estancia, oyendo el zumbido del viento y el continuo rumor de la lluvia.

—Mi nieto don Carlos se ha criado entre gente estrañera, murmuró el rey. Los flamencos son tales mercaderes, que harán mercancia de Castilla... Don Carlos será un mal rey de España... de ella sacará soldados y dineros para defender lo que no será de España, sino suyo... ¡Ah! ¡mis hijos! ¡ah mi hijo don Juan! ¡ah mi hijo don Miguel! ¡ah mi noble reina Isabel!

Y los ojos del viejo rey se arrasaron de lágrimas, y tocando Dios su corazón con el santo recuerdo de sus hijos muertos, de su esposa muerta, se arrepintió de lo que habia intentado, tuvo vergüenza de las debilidades con que habia empañado su grandeza, púsosele delante su gloria, y á través de su gloria vió á sus reinos, á su Aragon, á su Castilla, que fijaban asidos de las manos, una mirada ansiosa en su lecho de agonía.

—El infante don Fernando le he criado yo... sería un buen rey, murmuró: quiera Dios que algun día no sien-

ta Castilla la revocacion de mi testamento de Burgos... Pero la guerra civil... la nobleza... las codicias de los unos... la traicion de los otros... Cúmplase la voluntad de Dios. Sea rey de todos nuestros reinos el principe don Carlos.

VIII.

Poco despues el protonotario Clemente Velazquez redactaba las nuevas cláusulas del testamento del rey Católico: la tentacion habia pasado, las malas pasiones se habian estrellado contra la conciencia del rey, que no se atrevia á presentarse ante Dios con la grave culpa de haber dejado en herencia á sus reinos la guerra civil.

Sus últimas disposiciones marcan cumplidamente hasta dónde llegaban la prevision y la política de Fernando V.

Si nombrado por el regente del reino el infante, este hubiese podido dominar los sucesos, España hubiera ganado mucho; pero Fernando V conocia bien á sus vasallos: los aragoneses hubieran sacudido el yugo, esto es, su union con Castilla, y esta hubiera vuelto á los tiempos de Enrique IV.

Puede decirse que Fernando V abarcó en su última mirada el porvenir, y que si algunos años antes de su muerte, incurrió en debilidades, de que ningún hombre se libra, y menos los reyes, reconquistó su nombre, le restauró, asegurando en su testamento la paz y la unidad de sus reinos.

La agonía del rey fue penosa: aquella alma fuertísima no podia separarse sin un gran esfuerzo del cuerpo que habia alentado.

Entre una y dos de la mañana del día 23 de enero, murió.

¿Queréis ver aquel rey tan grande, tan justamente célebre, compañero de la reina de las reinas, y partícipe de sus glorias?

Id á Granada, y allí, bajo la abside de un severo templo gótico, vereis un magnifico sarcófago de mármol de Carrara.

Mirad sus dos estatuas yacentes, en las que tiembla la luz de una lámpara que perennemente arde desde hace trescientos años.

Son los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel.

¿Dónde está la reina Germana?

Fue una sombra que pasó por la vida del rey Católico. El duerme allí eternamente con su amorosa Isabel.

¿Dónde está el miserable aposento del meson de Madrigalejos?

Aquella fue la ceniza puesta por Dios en la frente del soberbio.

Sobre ese magnifico mausoleo, parece que brilla aun el sol de la grandeza de las Españas; sobre él se apila la gloria de nuestra patria, y un día, tal vez no lejano, podamos acercarnos á ese sepulcro sin vergüenza, y decir á Isabel y á Fernando:

—Levantáos de vuestras tumbas; levantaos un momento, y mirad á vuestra España grande, feliz, próspera, respetada: levantaos un momento, y despues dormid en paz.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MONUMENTOS DE TOLEDO.

LA PUERTA DEL SOL.

I.

Existe una arquitectura, ó por mejor decir, existen los restos de una arquitectura, que fue el símbolo y es hoy la fisonomía mutilada de un gran pueblo.

Poético, ardiente, civilizador el pueblo que la produjo, calcándola sobre la arquitectura bizantina que encontró en Oriente ante su paso conquistador, esta arquitectura fue á su vez poética, ardiente, civilizadora.

Tomó de la arquitectura vencida el fuste, el capitel, le arco ornamentado, la sencillez de las líneas y la complicacion de los detalles: pero hizo mas esbelta la columna, mas caprichoso el capitel, mas ligero el arco, mas ingenioso, mas profuso, mas rico el adorno. Alumbró con una luz mas fantástica, mas misteriosa, mas dulce, el interior de sus templos y de sus palacios; escribió alrededor de las columnas, de los arcos, á lo largo de los frisos, entre los adornos, leyendas de religion y de amor; imprimió en la piedra y en el estuco, y en los ladrillos de colores, un no sé qué vago, dulce, infinito, espíritu de un pueblo soñador y creyente; hizo, en fin, un poema y una historia de cada uno de sus monumentos, y los arrojó á la admiracion de las generaciones como otros tantos himnos escritos en piedra.

Aquel pueblo y aquella arquitectura su símbolo, fueron el pueblo y la arquitectura árabe.

Característica, severa, mística en Oriente; robusta sencilla, parca, al pasar á Occidente, tuvo una nueva modificacion; se habia encontrado con la arquitectura bizantina meridional, mas dulce, mas bella que la de Oriente; se habia detenido ante ella, la habia contem-

plado, la había admirado, y se dulcificó, se embelleció imitándola; después, viajera procedente del Norte, vino a visitar a las arquitecturas bizantina y árabe del Mediodía, la severa arquitectura ojival, y la árabe se modificó de nuevo a su vista, y la robó la ojiva y la bóveda, pero asimilándose las, dulcificando la una, complicando la otra, creando el arco de herradura apuntado y el arco y la cúpula estalactítica.

En esta nueva modificación la arquitectura árabe se hace mas esbelta, mas ligera, mas delicada; cuida mas de la belleza, de la simetría y de la conclusión de los adornos; los prodiga por todas partes; en la almena, en el muro, en la puerta del castillo, de la ciudad, del alcázar y de la mezquita: quiere presentarse engalanada, en el lujo de su belleza; cuida del contraste, elige la luz y el lugar, lo aprovecha todo, y se hace cada vez mas característica, mas árabe, a medida que se separa de las arquitecturas bizantina y ojival sus madres.

Fue una arquitectura sensual, híbrida, indolente, si se nos permite esta frase; ofreció en todas sus partes, en los contornos, en los planos, recreo a la vista, pasto a la imaginación: fue, por decirlo así, una poesía romántica en variedad de metros; un ensueño realizado; una tradición de las maravillas del jardín de Hiram, contada por los caravaneros del desierto, convertida en un hecho.

Pero esa arquitectura árabe tan bella, tan mística y tan sensual; tan guerrera y tan indolente a un mismo tiempo, tan poética y tan fantástica, no vayais a buscarla ni en Constantinopla, ni en el Kairo, ni en Damasco: allí solo encontrareis su cuna, el capullo abandonado por la crisálida: si quereis encontrar esa arquitectura en todo su esplendor, en todo su desarrollo, cumpliendo, realizando, en fin su destino, buscadla en España: buscadla en Toledo, en Sevilla, en Córdoba y en Granada.

Allí encontrareis la escala completa de su desarrollo: allí encontrareis también la maravillosa y delicada belleza de su decadencia: allí vereis marcados los siglos en una modificación continua de esa arquitectura, cuya fecundidad es maravillosa, cuyos contrastes, infinitos.

II.

Como una muestra de esta arquitectura, estampamos en nuestras páginas la reproducción exacta de una fotografía que hemos hecho tomar de la Puerta del Sol de Toledo.

Inútilmente hemos querido averiguar, de qué fecha data la construcción de esta puerta. Girault de Prange, autor francés que ha publicado un libro acerca de los monumentos árabes españoles, acompañado de dibujos bastante exactos, opina que esta puerta debió ser construida a fines del siglo XI, suponiendo que fue edificada por los árabes durante la monarquía toledana, en cuyo período de setenta y cinco años, se reedificaron los muros de Toledo: y el señor Amador de los Ríos, en cuyo libro *Toledo Pintoresca* encontramos este dato, no tiene reparo en admitir hasta cierto punto la opinión del escritor francés.

Nosotros nada podemos decir acerca de esto porque ninguna prueba tenemos; pero para nosotros es indudable, que esta puerta pertenece por su género a la

época en que, introducida en España la arquitectura ojival, la árabe se modificó, prolongando sus arcos, alznádolos, apuntándolos, levantando sus columnas, haciéndolas mas esbeltas, adoptando, en fin, la ojiva y la estalactítica.

Puede, pues, suponerse por comparación, por deducción, que la Puerta del Sol de Toledo fue construida a fines del siglo XI, ó principios del XII.

Obsérvese bien esa puerta: su arco mayor, su arco

árabe que la guardaba, ni el atalaya que vagaba de noche en su almenar: es un resto de una civilización que ha pasado: un fragmento que ha sobrevivido a aquella civilización: el paisano y el carromatero pasan indiferente, bajo ella, y solo el poeta, el artista, el hombre de corazón se detiene, a contemplarla.

Es bella, está engalanada, pero sencillamente; á su construcción ha precedido un gusto esquisito; se ha cuidado, para evitar la monotonía, de romper la línea de

su almenar, elevando mas el de las torres en que se apoya: en sus pequeños matacanes, que parecen jaulas de pájaros colgadas del muro, se han labrado agimecillos fingidos, y se han coronado estos matacanes de pequeñas almenas inútiles: inmediatamente sobre la ojiva, se han cincelado en la piedra ligeros arcos entrelazados, y sobre estos, para no dejar un espacio muerto y peado hasta las almenas, se han esculpido otros arcos estalactíticos.

Y la puerta es armónica, y bella, y poética.

Es un testimonio del buen gusto y de la civilización de los árabes.

Pero ¡ay! su belleza no la ha librado de ser marcada como una esclava.

Sobre su primer arco de herradura está esculpido el escudo de armas de la catedral: el vencedor la ha bautizado, la ha rociado con un hisopo, ha impreso un signo cristiano sobre su frente musulmana, y no contento con esto, la ha hecho servir para la exposición de un monumento de infamia.

Entre su arcada hay dos grotescas estatuas de mármol, que sostienen sobre sus cabezas otra cabeza humana.

Oigamos la tradición.

Dicen antiguos papeles, que un Fernando Gonzalez, alguacil mayor de Toledo, allá por los tiempos de Fernando el Santo, se atrevió, violenta y desusadamente á dos damas de gran valía, y que acudiendo estas al rey, el rey mandó cortar la cabeza al alguacil y poner un simulacro de ella en la Puerta del Sol, para que sirviese de ejemplo y pusiese espanto á los demás por cuanto durase la puerta ó no se cayese la cabeza de piedra, ó no se le antojase á alguien quitarla.

Como tradición hemos recibido el anterior relato, y como tradición le

hemos dado á nuestros lectores.

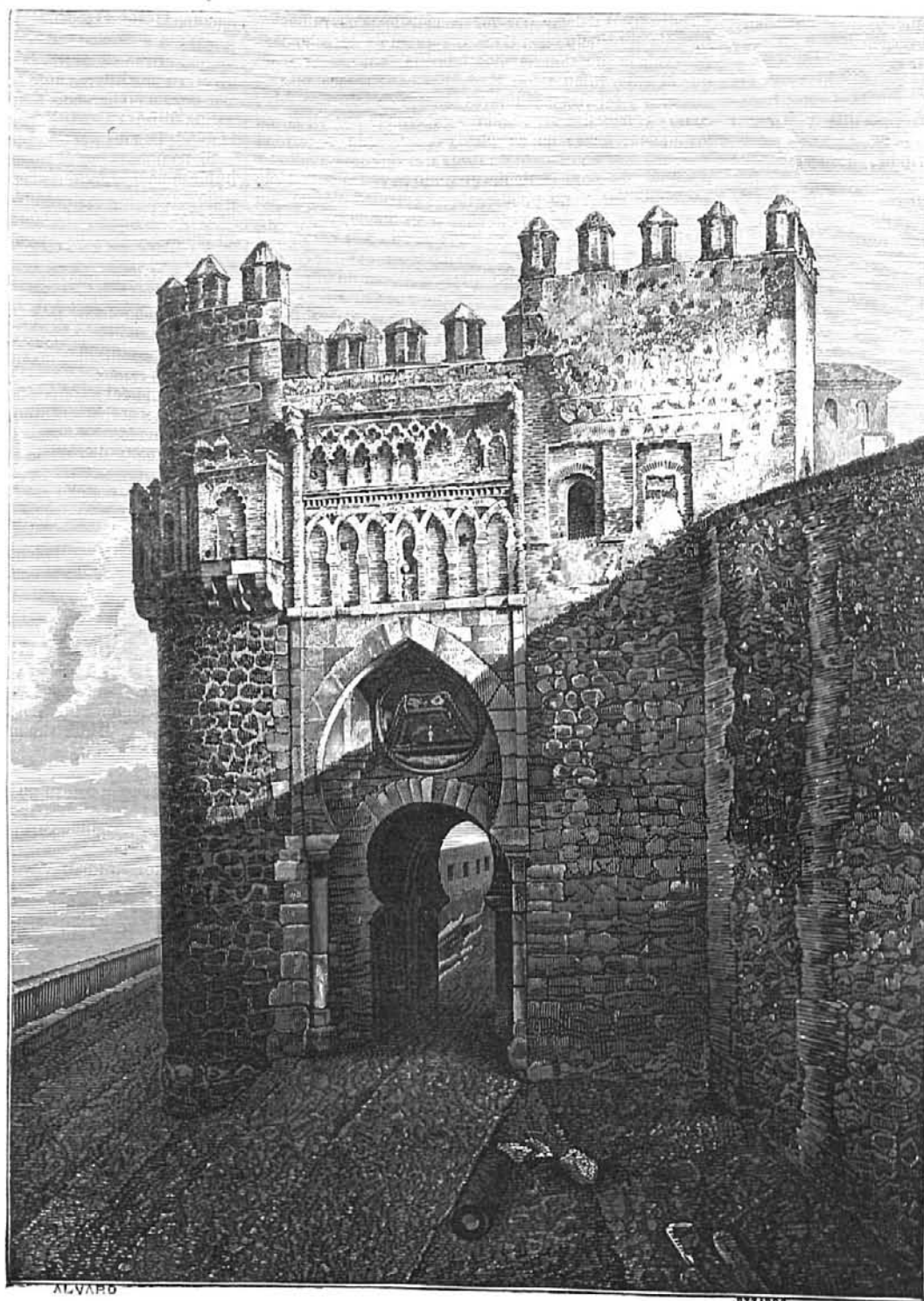
MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

DON JUAN ANTONIO RIBERA.

PINTOR DE HISTORIA, CONTEMPORANEO.

Los artistas de mérito, (permítase esta flor retórica), pueden muy bien compararse con el ave Fenix que renace de sus propias cenizas. Los pintores, siguiendo la condición del linaje humano, desaparecen del mundo; pero sus obras quedan; desde el momento de su muerte toman mas estimación, y su nombre ocupa una página honrosa en la historia.

Pasan años, trascurren siglos, y los nombres de Rafael de Urbino, de Miguel Angel, de Leonardo de Vinci y otros, que emitimos por no ser prolijos, viven en el mundo artístico y se recuerdan con gloria. A medida que el tiempo vuela se miran con mas entusiasmo las obras que nos legaron estos príncipes de la pintura. No



LA PUERTA DEL SOL EN TOLEDO (SACADO EN FOTOGRAFIA).

exterior, es un arco ojivo pronunciado, ligeramente modificado, impuesto sobre dos columnas esbeltas: contrastando con esta innovación, y produciendo un bello efecto, el segundo arco, el menor, y los subsiguientes de la arcada, son de herradura; parece, pues, que se está en un período de transición, que hay lucha: mas adelante el arco de herradura se apuntará, y el ojivo irá deprimiéndose, ensanchándose... pero estamos delante de la Puerta del Sol.

No pudiendo decir nada seguro sino por deducción, por comparación, acerca de la fecha de su nacimiento, ocupémonos de su presente, representado en nuestra lámina.

El aspecto que representa la puerta considerado en el conjunto, es armonioso: esbelta, originalísima, por una parte se apoya en un torreón cuadrado y por la otra en una esbelta torre cilíndrica: sus almenas están lamidas por el viento y por la lluvia; sus muros ennegrecidos por el tiempo, surcados de cicatrices, de mutilaciones que los ennoblecen, dándoles ese bello y poético color monumental que solo da el tiempo: ya no tiene su coraza, su doble puerta de hierro, ni el soldado

parece sino que fueron unos ángeles brotados de la tierra para formar el buen gusto y el encanto de los amantes del bello.

Nada, pues, mas justo ni mas natural que ensalzar el mérito donde se encuentran; y enaltecerlo con justicia, echando á un lado la pasión que ciega y compromete el nombre póstumo de un artista. ¡Harto severa es la opinión pública que juzga las cosas y no se equivoca fácilmente!

Se comprende bien que el pintor Ribera, padre, de mediados del siglo XIX no puede considerarse á la altura de los célebres españoles Diego Velazquez de Silva, Bartolomé Murillo y Josef Rivera el españolito, porque genios de esta clase nacen pocos. Estaba reservado á estos hombres extraordinarios, lumbreras de nuestra patria, la gloria de crear la *Escuela española*, tan apreciada hoy día en los principales museos de Europa, y tan ávidamente buscada por los inteligentes. Muy lejos estamos de tal idea; creemos, sin embargo, que no se le puede negar por nadie, sin faltar á la justicia, un mérito relativo en el arte. Fundados en esto mismo y hecha la salvedad que dejamos indicada, le juzgamos con un derecho indisputable á figurar en la galería de los pintores hijos de Madrid como un artista notable de nuestro tiempo.

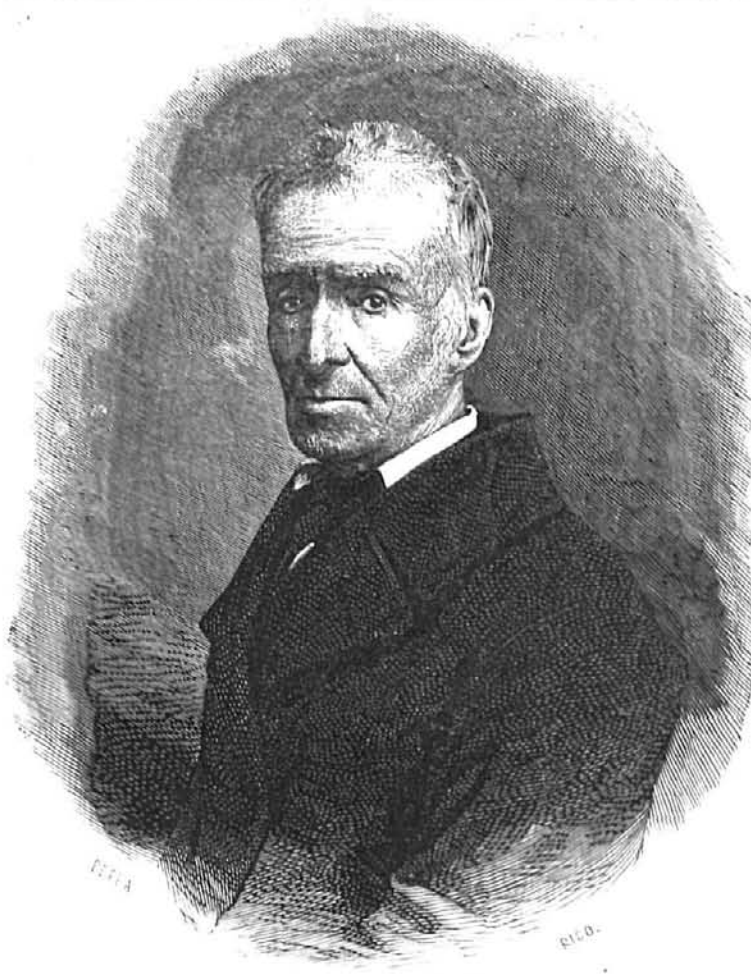
El pintor de historia, don Juan Antonio de Ribera nació en Madrid el 27 de mayo de 1779, habiendo recibido el agua bautismal en la pila de la iglesia parroquial de San Justo. Fueron sus padres don Eusebio de Ribera y doña Petra Fernandez de Velasco.

Pasó los cinco años primeros de su infancia en la villa de Navacerrero, á cinco leguas de esta corte, de donde era natural su madre, habiendo recibido después la educación que era costumbre en la buena sociedad de aquella época.

De una vivacidad extraordinaria, y de un talento claro y precoz, comprendía bien los primeros rudimentos de la enseñanza: su inclinación predilecta desde muy niño siempre fue el dibujo; y siguiendo su padre la inspiración y el genio que revelaba por las bellas artes, le puso á la edad de once años en el estudio de su amigo don Francisco Bayen, pintor en su tiempo de una reputación aventajada.

El año memorable de 1790, año en que empezó Ribera su carrera, todos saben que la antorcha del buen gusto estaba apagada, porque las ideas proclamadas en la revolución francesa hicieron variar enteramente la marcha tranquila de la Europa, y porque las bellas artes, reñidas como lo están siempre, con el estruendo de las armas, dejaron entonces de mostrar sus saludables efectos en todas las naciones.

Ribera sin embargo, continuó con su maestro Bayen los primeros años de la pintura; mas habiendo fallecido este profesor, y á muy poco tiempo también su padre don Eusebio, quedóse huérfano y pobre.



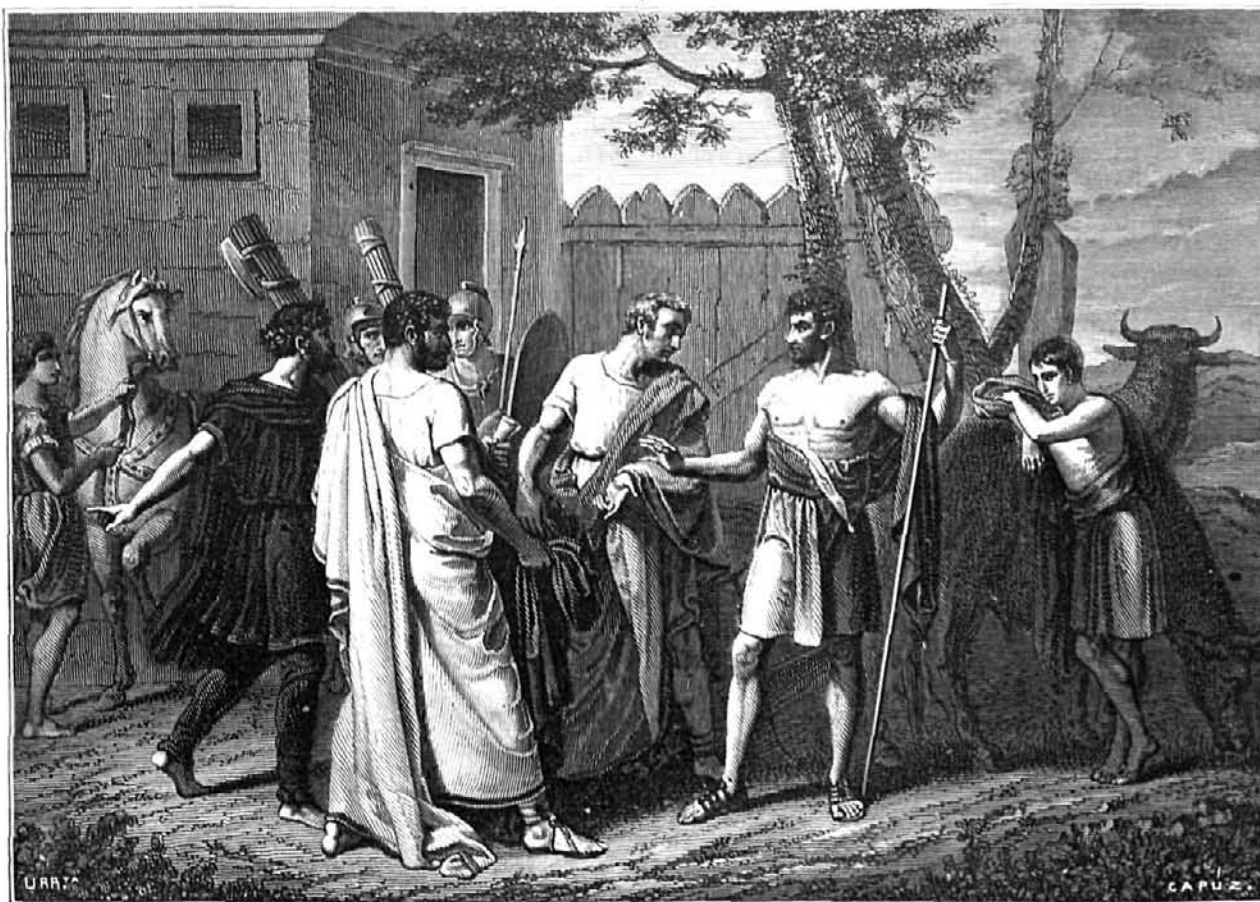
D. JUAN ANTONIO RIBERA.

Sin desmayar por estas dos sensibles pérdidas, firme siempre en su propósito de ser pintor, no arrojaba otra cosa que proseguir sus estudios aun cuando fuera trabajosamente. Llegó, pues, á su noticia que en el colegio de las Escuelas Pías estaban ocupados varios jóvenes en pintar una colección de venerables de la orden para los claustros del convento; y no obstante sus pocos años, no vaciló en presentarse al P. Luis Mirquez pidiendo ocupación. Tanto interesó al P. escapado la demanda

de lo bello, rayando su aplicación hasta el punto de rivalizar á los tres años con sus condiscipulos mas aventajados. Esto fue confirmado en las oposiciones mensuales que había en el estudio de Mr. David para los puestos, en las cuales llegó á ocupar el español Ribera, no obstante su cualidad de extranjero, el primer lugar entre sus condiscipulos. MM. Abel de Pujol, Guilmo, Drolling, Dupré, y otros pintores que dieron después honor á la Francia y á su

ilustre maestro. Mérito en contrario Mr. David en Ribera para concederle lugar preferente sobre sus compatriotas.

Empezó á tomar nombre este artista por un buen retrato que hizo del señor Rodríguez del Pino, muy elogiado por los inteligentes. Pintó después el cuadro de composición representando á Cincinato cuando le fueron á separar del arado para que dictase leyes á Roma (cuyo grabado ponemos en este número); cuadro juzgado muy lisonjero y grabado por el mismo Mr. David, en términos, que el maestro dió un tierno abrazo á su discípulo á la



CUADRO DE D. JUAN ANTONIO RIBERA (SACADO EN FOTOGRAFÍA, DIBUJADO POR URRABIETA).

vista de todos los demás, como prueba de cumplida satisfacción.

También ejecutó el cuadro original de una *Sacra familia*, dedicado al ministro de Estado, entonces el señor Ceballos, cuadro que se llevaron después los ingleses, por cuyas obras mereció de la natural bondad del rey Carlos IV, que se le aumentase la pensión hasta doce mil reales para que permaneciera otro año más en París, y pasara después a Roma a estudiar los grandes maestros de la pintura.

Ocurrió la invasión de Napoleon Bonaparte en España a los dos meses justos de haber obtenido esta gracia, y Ribera, por el rompimiento de las hostilidades entre las dos naciones, quedó sin auxilio alguno en París, con otros veinte y seis españoles, únicos que entonces había en la corte del imperio francés.

Ni por esta nueva y fatal vicisitud se amilanó Ribera. Con el entusiasmo natural que tenía por su arte aprovechó la rara ocasión que se le presentaba de ver y estudiar de cerca los mejores cuadros del mundo, que el emperador Napoleon, en el apogeo de su grandeza, hacía llevar de todas partes al museo nacional de París; y se dedicó, obligado por la necesidad, a sacar copias de aquellos cuadros mas difíciles y estimados, copias que por su mérito y semejanza con los originales, le eran compradas con avidez por los mismos artistas extranjeros.

Pintó entonces Ribera una bella copia del gran cuadro de *La comunión de San Jerónimo*, del Dominiquino, que fue muy celebrada por todos los profesores, pues se equivocaba con el original. Gran semejanza y mérito reconocido tendría la reproducción de este célebre lienzo, cuando en el año de 1824 fue vendida en París en la suma de cuatro mil quinientos duros. Al artista español se la sacaron con engaño en solo dos mil francos. También copió el *Endemoniado*, del mismo autor, *San Juan Evangelista*, de Rafael, y el *San Miguel* de Guido.

Hizo otras copias de gran estimación artística de las obras primarias de Rafael, Guido-Reni, Rubens, Poussin, Rembrandt, Gerardo-Goy, y otros que no se nombran, en gracia de la brevedad, las que se encuentran repartidas en Polonia, Alemania y Rusia.

Encontrábase en París el príncipe Issupoff, tío del emperador Alejandro, encargó a Ribera una copia del *San Miguel* de Rafael, cuadro colosal por su tamaño, que fue remitido después al Ermitage de San Petersburgo. El príncipe de Kurakin, embajador entonces de Rusia, le encargó también su retrato y el del emperador, que fueron ejecutados con maestría. Tanto gustaron estos cuadros en la corte imperial, y tanto distinguieron a Ribera los extranjeros, que se le hicieron por el príncipe Issupoff proposiciones muy alhagüeñas para que trasladase su residencia a San Petersburgo. Pero el artista, en cuyas venas hervía en toda su pureza la sangre española, antes que ser ruso, prefirió ir a Roma al servicio inmediato de los reyes padres Carlos IV y María Luisa, que le honraron con el nombramiento de su pintor de cámara en 1.º de agosto de 1811.

Lo mismo en Roma que en París, se distinguió por sus obras, habiendo merecido por lo mismo el alto honor de que se le nombrase académico de San Lucas. Y fue tal el esmero, el desinterés y acrisolada lealtad con que sirvió a las reales personas, que en 5 de marzo de 1813, le concedieron los reyes el sueldo vitalicio de 18,000 reales, confirmado después en las capitulaciones con Fernando VII; sueldo que le fue suprimido por ignorarse sin duda la procedencia de esta carga, en el arreglo de la servidumbre de palacio del año 1835, sin que la modestia del artista haya permitido jamás que se reclame a S. M. la reina sobre este particular.

Debió también a los reyes padres, en el referido año de 1815, el alto aprecio de que tuvieron en la pila bautismal de San Pedro de Roma a su hijo primogénito don Carlos Luis, bien conocido ya entre los amantes de las bellas artes, por sus obras.

Cuando fallecieron los reyes, fue nombrado también por Fernando VII su pintor de cámara en 17 de setiembre de 1816, comisionándole además para traer a España todas las pinturas de su pertenencia.—Continuó, pues, sus servicios en la real casa pintando al fresco el techo de la bóveda 18 de Palacio, representando *La entrada en el cielo de San Fernando*, rodeado de los preclaros príncipes Hermenegildo, Recaredo y don Pelayo.

Otro techo, también al fresco, tiene pintado Ribera en el palacio del real sitio del Pardo, representando el *Parnaso de los grandes hombres de España*.

En el casino de Vista-Alegre hay otro trabajo suyo y también un techo con varios asuntos de la fábula.—En el palacio de Aranjuez existen en el oratorio secreto de S. M. la reina, dos preciosos cuadros originales, debidos a nuestro artista, y que representan *La coronación de espinas* y la *Resurrección* de Cristo.

En el real Casino de Madrid tiene el cuadro de *Cincinnati*, de que ya hemos hablado, y cuyo grabado damos a la luz pública; el del rey *Wamba cuando le ofrecen la corona*, dos *crepúsculos* y dos *estaciones*.

En la sacristía de la capilla real del Palacio de Madrid, pintó un *Cristo* hermoso de tamaño natural, y otro *Divino Señor* muerto, que se pone todos los años en el monumento de las escuelas pías de San Antonio Abad.

Ultimamente, deja este artista a la posteridad, nueve

originales al temple, asuntos tomados del Antiguo Testamento, representando a *Judit* mostrando al pueblo la cabeza de Holofernes.—El *becerro de oro*.—*La toma de Jericó*.—*David y Abigail*.—*La copa de oro* en el saco de Benjamin.—*José* explicando los sueños a los presos de la cárcel.—*Agar* y *Ismael* despedidos por Abraham.—*Adán* y *Eva* llorando a su hijo Abel muerto.—*La sombra de Samuel* aparecida al rey Saul.—Todos ellos composiciones complicadas, de figuras de tres pies, donde reina la inteligencia y el buen dibujo que tanto distinguen a su autor. También hizo *la Trinidad* al óleo en figuras de tamaño natural, con otras obras mas, que omitimos por no alargar esta biografía.—Y ahora mismo, en medio de su avanzada edad, está reproduciendo cuadros notables de Rafael y algunos de los lindos caprichos de Goya.

Debemos declarar, porque esto le honra mucho, que ocupado en las lecciones de dibujo de los infantes, y siendo maestro de S. M. el rey don Francisco de Asís, en la primera edad de este príncipe, desempeñó también durante siete años el delicado cargo de director del museo real del Prado, en el cual estableció con su rareza, superior a todo elogio, la *restauración*, no conocida en España hasta entonces, de muchas tablas y lienzos deteriorados por la negligencia y el tiempo; cuadros que, reputados ya como unas joyas perdidas para el arte, han vuelto otra vez a la admiración del público.—Buena prueba de ello es el de *la Transfiguración del Señor*, por Julio Romano, depositado hoy en el museo nacional de la Trinidad.

Combatido siempre este notable artista por las privaciones y las desgracias, le tocó quedar escudiente y oscurecido en la reforma de la servidumbre de Palacio hecha en 1835, y en esta posición, verdaderamente triste para un hombre de su mérito y singulares servicios en la real casa, relegó la paleta y los pinceles al olvido, fijando su atención en la vida tranquila del campo.

Pero el genio, que nunca puede prescindir de sus naturales inclinaciones y que deja por donde pasa una honrosa huella, le impulsó a comprar en 1838 la ermita de San Roque, en la villa de Navalcarnero, la cual se encontraba convertida en un pajar. Reedificada esta ermita con el gusto que es consiguiente, ha labrado en ella su panteón, llevando allí el primer cuadro que copió de Rafael y el último original que ha pintado representando una hermosa *Virgen en su trono con el Niño Jesús*, San Roque y el Angel Rafael.

Don Juan Antonio de Ribera, en fin, en medio de todas las vicisitudes de su vida pública, está considerado, no solo como un artista notable y de mérito reconocido, sino como un gran maestro y un conocedor profundísimo de su arte, cuyas lecciones y cuya experiencia saben apreciar sus discípulos mas inteligentes, a quienes ha mostrado en mas de una ocasión el camino de la celebridad. El estudio que hizo en París de los grandes modelos completó enteramente su educación artística, no habiendo quien le aventaje en conocer con ojo certero los cuadros de las diferentes escuelas.—Su genio raro y filosófico, en oposición con el trato falaz de la sociedad moderna; la ninguna ostentación y el descuido natural de su persona, contribuyen mucho a que el pintor de cámara que ha sido de tres monarcas españoles, no luzca lo que debiera por su mérito y por su clase.—Se deja inferir por esto mismo, que Ribera no tenga cruces de ninguna orden, aun cuando le hubiera sido muy fácil obtenerlas, decorando solo su pecho con la medalla de mérito de la Academia y con el honor de ser individuo de la de San Lucas de Roma.

Hombre justo, sencillo y de una exactitud notoria, sirve en la actualidad la plaza de profesor del modelo natural en los estudios de la real academia de nobles artes de San Fernando, siendo muy querido y respetado de todos sus discípulos.

J. S. MILANÉS.

ULTIMA ENFERMEDAD, MUERTE Y EXE-

QUIAS DEL REY DON JUAN II DE ARAGON, SEGUN LA MEMORIA ESCRITA POR EL ARCHIVERO MIGUEL CARBONELL A RUEGO DEL SEÑOR REY DON FERNANDO EL CATOLICO, EN EL AÑO 1479.

(CONCLUSION.)

Su traslación del palacio episcopal al real, se hizo procesionalmente en una litera de camino cubierta de riquísimo palio de oro, con dos almohadones de brocado, vistiendo el regio cadáver ropón de terciopelo carmesí aferrado en martas cibellinas, jubon de raso también carmesí, calzas de grana; zapatos de velludo plateado ó ceniciento con *guaspas* de terciopelo negro, a la cabeza sobre un bonete negro la real corona, al pecho el collar del duque de Borgoña, y en las manos, llenas de sortijas, el cetro y la espada; su rostro, tan afable como en vida, permanecía descubierto; acompañáronle gran número de personajes llevando sendas antorchas ó cirios negros, y la procesion siguió por la plaza de San Jaime (ahora de la Constitución), calle de los Boticarios (ahora Arlet), plaza de las Coles y plaza del Rey, hasta el gran palacio (hoy convento de Clarisas).

Estuvo el rey espuesto por espacio de diez días, desde el de San Sebastian, 20 de enero, hasta el viernes 29. Durante este tiempo ardieron sin cesar antorchas delante del cadáver; se celebraron misas seguidas desde el amanecer hasta medio día, en los sobredichos nueve altares; las comunidades de uno y otro sexo iban diariamente mañana y tarde con cruz alta para las absoluciones y velaban continuamente, saliendo a contra punto, según su costumbre, los capellanes, chantres y escolares de la capilla real (Santa Agueda, adjunta al palacio). A cuantos pobres acudían se daban panecillos *doblers* ó de a dos dineros, de modo que en los diez días se repartieron mas de treinta mil. En esto, los ejecutores testamentarios, reunidos en la habitación de la infanta doña Beatriz de Aragon y de Sicilia, sita en la casa arcediana de la Seo que comunica con el palacio episcopal (1), escribieron a los religiosos de Poblet para que viniesen por el real cuerpo sin demora.

En la tarde del jueves verificóse la imponente ceremonia de la proclamación funeraria y despedida de la casa real. A las tres, juntados los magnates y personas de oficio en torno del real lecho, entraron en palacio por la puerta adjunta al archivo cuatro heraldos a caballo, cubiertos ellos y sus monturas, de cabeza a pies, con marragas ó sacos de luto, llevando además la cota y bandera real de sus respectivas armas, Sicilia, Navarra, antiguas de Aragon y Orillana. A estos seguían otros cuatro con el respectivo escudo, de punta arriba, y en pos toda la montería del señor rey, llevando trompas y bocinas, y las traillas de perros, cubiertos, hombres y animales, de los correspondientes sacos. Llegados al salón, dieron silenciosamente tres vueltas alrededor del féretro, y en seguida el rey de armas que venía acompañándolos, después de pedir y preguntar a todos por el rey, intercaló en alta voz al camarlengo del rey diciendo:—¡Ah Mossen Rebolledo! ¿qué noticias nos dais del rey? ¿Dó para, que no le vemos? ¿Qué ha sido de él?—A eso respondió el camarlengo con voz compungida:—¡Ha muerto!—El rey de armas manifestó dudarlo; entonces Rebolledo, poniendo la mano sobre el féretro, exclamó:—¡Caballeros, he aquí a vuestro rey! ¡podeis ver si ha muerto! ¡Llorad por él!—A estas palabras, los heraldos arrancaron a correr alrededor del túmulo, arastrando por el suelo sus banderas, y salieron hacia la plaza, mientras los escuderos, puestos uno a cada ángulo, tiraban sus escudos con grande impetu dejándose caer sobre ellos desde los caballos, y los monteros, apoderándose de los escudos golpeaban la tierra con ellos y hacían ahullar a los perros, teniendo las bocinas y clamando a grandes voces:—¿qué haremos, pobres vasallos, sin este rey? ¿dónde encontrar otro semejante y tan piadoso? etc., etc. La compasión y el enternecimiento eran generales. Habiendo salido afuera los ocho caballeros y la montería, precedidos de los dos heraldos ó reyes de armas, llamados uno *Cataluña* y otro *Lacedes*, con iguales demostraciones y aparato fueron repitiendo esta ceremonia por todos los ángulos de la ciudad.

Hacia las diez de la mañana del viernes, llegaron y se presentaron para los respuestas los religiosos de Poblet y de SS. Cruces, con sus blancos sayales, precedidos de la cruz y acólitos, acompañados de dos bordoneros con su capa coral de terciopelo negro y bordones de plata, cerrando la comitiva el abad, mitrado, con su diácono y subdiácono, todos de pontifical, llevando aquel el báculo y este el libro (2). Concluido su responso, cantaron sobre la marcha un oficio de requiem.—El mismo día, a las doce, el concejo municipal, usando de la prerrogativa que cree competirle de ordenar los regios funerales, si bien con protesta de los testamentarios del rey, diputó doce prohombres con la comisión de convidar para el duelo a todas las personas notables de la ciudad, funcionarios, nobleza, damas, etc., y a los magnates de la corte entre los que figuraban la ya mencionada doña Beatriz viuda del infante don Enrique de Aragon, don Jaime infante de Navarra, don Alfonso de Aragon, hijo natural del rey don Fernando, los hermanos don Felipe y don Juan de Aragon, don Juan y don Fernando, también de Aragon, el gobernador Mossen Requesens de Soler, Mossen Rodrigo de Rebolledo, Mossen Fernando de Rebolledo, don Pedro de Castro y su hermano el vizconde de Evol, el embajador de Castilla don Gomez Suarez de Figueroa, los obispos de Gerona, Urgel, Vich y Anguello, etc., etc.

En la mañana del sábado se efectuó otra ceremonia no menos solemne y antigua, peculiar de esta casa. Juntados de nuevo los magnates, con los comisionados en el salón de palacio, el camarlengo Rebolledo, puesto de pie al extremo de la litera a la derecha, tomó y levantó en alto el sello secreto del rey diciendo:—este es el sello secreto del rey! ¡El rey ha muerto, llorémosle! ¡Sean rotos los sellos puesto que el rey no podrá ya usarlos!—Dicho esto, sobre un yunque que le pusieron delante, rompió y machacó a grandes martillazos el sello secreto, y seguidamente, con igual solemnidad quebró los grandes sellos comunes de Aragon y de Sicilia. Poco después se presentaron vestidos de sacos y haciendo grande llanto los alguaciles mayores y todos

(1) Media entre uno y otro edificio la calle dicha del Obispo; el pasadizo de comunicación ya no existe; pero véase vestigio de la puerta que conducía al palacio desde la casa del arcediano.

(2) El abad de Ripoll era limosnero, y el de SS. Cruces capellan mayor de los reyes de Aragon.

(N. del autor.)

los ugières y oficiales de vara (1), llamados escuderos del oficio de la alguacilería de la real casa, para quebrar también sus varas.

Seguidamente rompió la procesion para guardar el orden y curso acostumbrado, precediéndola los ocho caballeros del jueves, á manera de los batidores (2), que preceden en campaña á las gentes de armas para descubrir las celadas del enemigo, vestidos de sus marra-gas y caperuzas como el resto del acompañamiento, arastrando sus banderas, con los escudos revesados, é invitando al pueblo á llorar á su rey. Venían en pos los blandones y cirios costeados por los ejecutores testamentarios, por la ciudad, por los prelados y magnates, etc., cada uno de peso á lo menos de cinco libras, señalado con las armas del costeador, á cuyo efecto habíase recortado doscientos escudos de papel para los ciriales de la marmesoria, treinta y tres de las armas de Aragón, otros tantos de las de Navarra y Cerdeña, y ciento de las de Castilla, formando las antorchas un total de dos mil quinientas, que iban colocadas en bancos y blandoneras llevadas en palanquines. Iban por su orden las cruces de las parroquias, á saber: la grande y hermosa de la Seo, la cual, durante todos los días de la exposición, permaneció colocada en el testero del túmulo real; las mayores de Santa María del Mar y Santa María del Pino, la de San Pedro, la de San Justo, la de San Miguel, la de San Jaime, la de San Cucufate, las de Santa Ana, Merced, Carmen, Agustinos, Predicadores y Minoritas, en número de catorce, todas de plata sobredorada, y esmaltadas de ricas labores, acompañadas de sus correspondientes acólitos, con candeleros de plata. Tras las cruces marchaban las respectivas clerecías: primero el clero secular de las parroquias, y después el regular de todos los conventos, Mercedarios, Carmelitas y Agustinos por su orden, y los Dominicos y Franciscanos interpolados. Cada orden y parroquia traía sus bordones y gremiales, y sus ternos, capas y dalmáticas de terciopelo negro, labradas de brocado de oro ó de damasco y raso, con bordados y galonaduras de oro ó plata, etc. Seguía el clero y cabildo catedral, entre el que se observaban seis canónigos bordoneros, llevando capas de velludo negro brosladas de oro, y varios monaguillos para incensar el féretro cuando se entonaban los responsos. Al gremial ó palio, de velludo broslado de oro, venía con tres asistentes el obispo de Gerona Juan de Margairt, vestido de pontifical y puesta su mitra de damasco blanco. Seguían los chantres, capellanes y monaguillos de la real capilla vistiendo gramallas y caperuzas de bayeta, los cuales entonaban varios salmos á canto de órgano contrapuntado, como suelen hacerlo en dicha capilla, y presidiendo los canónigos de los mas antiguos, puestas sus capas de fino paño negro aforradas en veros grises. El real cuerpo iba dentro de dos cajas de madera de ciprés, la una cubierta de paño de grana, encajada en la otra que lo estaba de terciopelo carmesí, y el regio cadáver, perfectamente embalsamado, vestía jubon de raso carmesí, con su ropón de damasco negro, calza de grana, zapatos de paño aterciopelado (3), y espuelas de oro, ciñendo rica espada de dorada empuñadura, llevando además sobre este traje alba, dalmática, estola y manipulo de damasco blanco, en la cabeza bonete y corona, y en las manos cetro y pomo de oro (4). Las cajas estaban colocadas sobre una bonita litera de tablas, de hasta cuatro cañas de larga, á manera de andas (5), formando cuatro luengos barrotes, é semejanza de las que se usan para llevar la custodia en la procesion, cubiertas andas y litera de un paño de grana, y cobijado el todo por un toldo de riquísimo y suntuoso paño negro de velludo aterciopelado, brocado de oro y de reciente obrería, nuevo y muy soberbio, guarnecido todo alrededor de diversos escudos de las armas reales de Aragón, Navarra y Sicilia. En el testero de la litera veíase sobre un almohadon de brocado de oro, una corona real con el cetro y pomo de oro, y separadamente la dalmática, manipulo y estola, y la espada del señor rey, todo muy suntuoso y de gran valía. Llevaban en hombros esta litera doce criados de la real casa vestidos todos de paño negro, y por la parte de afuera cubríanla veinte y cuatro notables entre conce-lles, caballeros, gentiles hombres y ciudadanos, todos cubiertos de marra-gas y caperuzas. Entre los dos brazos de la litera, presidía en el propio traje el camarlengo mayor Rebolledo, y cerraban el grupo dos canónigos-dignidades cubiertos con sus capas forradas de veros. En pos del rey marchaba toda su casa, dirigida por tres reyes de armas y heraldos ó percevantes, con las respectivas cotas sobre el traje de luto, y por don Pedro de Evol, que iba montado en un caballo encubertado, y llevaba á la cabeza un almete bien atravesado, con dorado timbre y real corona, y el murciélagu peculiar, divisa de los reyes de Aragón; al hombro izquierdo un asta con rico guión, gallardete ó estandarte colgante, llamado *tallamar*, dividido de las armas reales de oriflama; y

ceñido al cuello, colgando sobre el izquierdo brazo, un escudo de las propias armas. A este personaje acompañaban cuatro ugières de armas del rey, embrizados los respectivos escudos de Navarra, Sicilia, Aragón, oriflama y Aragón de campo azul y cruz blanca, parecida en la forma á la de Malta. Sucesivamente iban todos los empleados de palacio, camarlengos, camareros, ugières de armas, confesores, médicos, secretarios y escribanos, entre ellos el propio cronista en calidad de archivero, especieros, cirujanos, porteros, ministriles, etc., etc.; todos de luto con sus sacos. Cerraba la procesion el acompañamiento de personajes convidados, haciendo cabeza del duelo tres conce-lles, el principal llamado *Conceller en cap*, el cuarto y el quinto precedidos de dos maceros con vergas de plata sobredorada, y siguiendo en ordenados grupos primeramente los individuos de la real familia, los ilustres don Jaime de Navarra y de Foix, don Alfonso de Aragón y de Castilla, don Felipe y don Juan de Aragón y de Navarra, hermanos; doña Beatriz de Aragón y de Sicilia, viuda del ilustre don Enrique de Aragón, gran maestre de Santiago y madre del infante don Enrique, duque de Segorbe y conde de Ampurias, la cual iba sostenida debajo los sobacos por el infante de Navarra y don Juan de Aragón, y acompañada por don Juan de Aragón, conde de Ribagorza, y su hermano don Fernando de Aragón, procurador de Cataluña, y por la noble señora doña Isabel de Avellaneda, madre del obispo de Mallorca, en clase de aya ó camarera. Iban también el arzobispo de Sasser, el noble Requens de Soler, vice-gobernador de Cataluña, los obispos de Urgel y Vich, el veguer de Barcelona Francisco Antonio Solantí, el obispo Gonzalo de Argüello, el abad de Ripoll, Bernardo Juan de Marimon, baile de Barcelona, los cónsules de la lonja y el almotacen de la ciudad, con otros muchos señores, funcionarios, representantes de varias corporaciones, etc., etc. Entre las damas, las cuales iban también vestidas de luto, llevando mantos y albornos de paño negro y velos negros en la cabeza, descellaban doña Antonia de Torrelles, condesa de Iscla, doña Juana, vizcondesa de Rocaberti, doña N. de Alagon y de Pinós, vizcondesa de Illa y de Conet, doña Juana de Armendariz y doña Beatriz de Pinós, las nobles doña Catalina de Moncada y doña Brianda, madre de don Felipe de Aragón, las esposas del camarlengo, del veguer, del baile y otras muchas damas de calidad que sería prolijo referir.

La procesion recorrió las siguientes calles: plazas del Rey y del Bat (ó del Triño, ahora del Angel) pasando por delante de la Corte del Veguer (6), Boria, hasta la capilla de Marcús, Moncada, Borne, plaza de Santa Maria é iglesia del mismo nombre, cruzándola desde la puerta que abre sobre el cementerio mayor, al través del coro, delante del prebiterio hasta la puerta de los Faquines (7), la cual cae al cementerio de la Fuente, que allí está, y luego siguió por los Cambios viejos, calle Ancha, por el frente de las Carnicerías, Regomir, calle y casa de la Ciudad, plaza de San Jaime, calle del obispo hasta el palacio episcopal, y torciendo entre la capilla de las Vírgenes (ahora de Santa Lucia, detrás de la catedral), y la casa del Arcediano, fué á entrar en la Seo por su puerta mayor, atravesó el coro y se detuvo en la gradería de Santa Eulalia.

Habia en este lugar preparado un suntuoso catafalco y litera con sus gradas y bancos ó estrados alrededor, cubierto todo de paño de molada negro, y encima del entarimado alzabase un real y muy noble tuguio, llamado en catalán *capell-ardent* (8), sosteniendo mas de seiscientos cirios, elevado sobre cuatro altísimos pilares de madera á modo de columnas negras. En cada ángulo habia otros tantos pavese y dos banderas, y por debajo pendia un rico pabellon de tela azul adornado de follages, alenachos y cardos de oro fino, con los cuatro escudos de armas reales en las esquinas y otro mayor central muy bien labrado y pintado de oriflama. Colgaban además por los lados anchos cortinajes de la propia labor, adornados por ambas caras de blasones de familias ilustres emparentadas con la Real de Aragón.

Colocados todos en su lugar, celebróse la misa fúnebre que dijo de pontifical el obispo de Gerona, y en el ofertorio cada uno de los concurrentes dió dos gruesas velas y un dinerillo. Concluido el oficio, el mismo celebrante subió á un púlpito prevenido ya cabe á la puerta de la reja del altar mayor, bien aparejado con un palio de terciopelo negro brocado de oro, y dijo la oracion fúnebre, tomando por tema el texto de San Pablo á Timoteo, (2.º, cap. 4.º, v. 7). *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi*, sobre el cual, después de reseñar la egregia prosapia del difunto, fue enareciendo sus diversas prendas personales. Terminaronse las exequias con una solemne absolucion general, y en seguida, como fuesen ya cerca de las dos de la tarde, todos se fueron á comer, quedando el real cadáver espuesto aquel día y el domingo, velándolo sus familiares y el clero, celebrando continuas misas y res-

ponsos, etc.: al medio día, durante el oficio, habíase repartido en palacio una cumplida limosna á los pobres.

El lunes tocó el turno á la ciudad de costear los funerales, con mas esplendidez si cabe que los del primer día, predicando en latin una famosa oracion el M. Marcos Berga, religioso. El martes, día de la Purificacion de la Virgen, 2 de febrero, y el miércoles, fiesta de San Blas, siguió la exposición del regio cadáver.

En la tarde del jueves, reunida la misma procesion y comitiva, con añadidura de los gremios y cofradías de la ciudad que llevaban sus grandes luminarias, además de las de la ciudad y marmesoria, fue sacado el real cuerpo para trasladarlo á Poblet, tomando por las calles del Obispo, plaza de San Jaime, Corte del Baile, Call (9), Baños Nuevos, Puerta de la Bocaria (10), calle del Hospital de Santa Cruz, Padró y Puerta de San Antonio. En aquel sitio estaba delante de la iglesia del mismo nombre la comunidad de religiosos de Santas Cruces, con su abad, de pontifical y mitra, para hacerse cargo del regio difunto; y cantada una absolucion, siguió el acompañamiento hasta la iglesia de Vallbonella, extramuros, donde el cadáver fue depositado aquella noche bajo la custodia de los monjes de Poblet y de la abadesa y religiosas del monasterio.

El viernes, cantada una misa de requiem, colocaron el cadáver tal cual estaba, en una litera real, con la que cargaron quince hombres ya prevenidos, los cuales juntos con otros cincuenta, debían irse relevando por el camino. El acompañamiento componíase también esta vez de muchos sujetos principales á cuyo frente marchaban los consabidos ocho caballeros con sus pendones y escudos revesados, y un religioso montado, llevando cruz alta; alrededor del féretro iban cuatro ginetes con linternas encendidas en el extremo de un palo, y detrás de él el caballero con el yelmo, escudo y tajamar. Sobre las andas habíase extendido un paño de molada negro atravesado de una ancha cruz blanca.

Saliendo hacia el Coll de la Creu (11) y la Carnicería dels Sants (12), tomaron la vía de la villa del Hospitalet (13) y fueron á hacer alto en Molins á Rey (14). En cada pueblo eran recibidos con repique de campanas, y acompañados por el clero á la parroquia, donde se cantaba un responso. Por fin después de cruzar el Llobregat en San Andrés de la Barca (15), siguieron por Aygüestosas hasta Martorell, donde pernoctaron.

El día siguiente, por estar malo el camino á consecuencia de lluvias y aguaceros, llegaron muy tarde á Villafranca del Panadés, en cuya poblacion reposaron todo el siguiente domingo.

El lunes hicieron noche en Viladomona.

El martes, pasando por Cabra, se detuvieron en Montblanch, donde hubo funerales y sermón en la mañana del miércoles, y por la tarde siguió el acompañamiento hasta Poblet, habiendo llegado ya anochecido. Esperábanles á las puertas del monasterio los monjes con el patriarca de Alejandria, arzobispo de Tarragona, y descendiendo la caja, cubierta con el mismo palio de brocado de oro que sirvió para su traslación del palacio arzobispal real, en Barcelona, depositáronlo hasta el día siguiente en un catafalco que habia en la iglesia con su litera de paños de raso, de oro é imperiales, y las cuatro banderas y escudos reales alrededor, viéndose en el testero el guión ó estandarte, y el escudo real barreado de oro y flama.

El otro día, jueves 11, se celebró solemne aniversario, predicando el ofertorio un religioso francisco y sabio teólogo de Barcelona, llamado M. Pedro Llopis. Terminados los oficios, el monasterio obsequió á los ilustres acompañantes con un espléndido banquete.

Llegaba la noche y tratábase de colocar definitivamente los restos de Juan II en el regio panteon de los monarcas aragoneses. Puesto el ataúd al pié del sarcófago del serenísimo don Fernando, padre del difunto, adelantóse el camarlengo Rebolledo y dijo que cumpliendo la voluntad del rey, venia á depositar sus restos en el monasterio. Entonces el representante de la comunidad preguntó si verdaderamente era el rey el que venia en el féretro, y que para cerciorarse y poder dar de ello fe, convenia verle por sus ojos. Acto continuo trajeron las llaves, y abiertas las cajas se puso de manifiesto el cadáver en el traje descrito de dalmática, estola, alba y el ropón de damasco en calidad de caballero; pero se advirtió que las facciones estaban muy descompuestas y desfiguradas. Ultimamente, garantida la identidad por todos los circunstantes, se hizo la inhumacion allí mismo, en la tumba que estaba al pié de la de don Fernando, al

(9) Por Call se entiende en catalán el barrio de los Judios, segun veremos mas adelante.

(10) La ciudad en su segundo ensanche terminaba por este lado, siendo una mera barrida las calles que seguan. Ahora la plaza de la Roqueria es una de las mas céntricas de la capital.

(11) Ahora Cruz cubierta, punto de partida de la carretera real, á un tiro de fusil de las murallas.

(12) Estas palabras explican el nombre y el origen, bastante ignorado de una poblacion, la mas inmediata sin embargo á Barcelona. Seria probablemente entonces una simple capilla dedicada á San Bartolomé y á otro santo que aun se veneran en la actual parroquia, y probablemente habiéndose establecido junto á ella un matadero, se iria formando el pueblo conocido ahora por *Sans*.

(13) La antigua carretera, como se ve por este itinerario, segua hacia la marina, formando una ligera curva hasta Molins de Rey; precisamente la línea que recorre ahora la vía férrea de Martorell.

(14) Molins de Rey, dice el texto, á 2 1/2 leguas O. N. O. de Barcelona.

(15) De este vado tomó nombre el pueblo, en cuyo punto se cree existió antiguamente un puente para pasar el río, aunque no es probable existiendo algo mas arriba el romano de Martorell.

(1) *Homenes de la vergueta*.

(2) *Corredors*.

(3) *Drap de vellut*.

(4) El traje religioso era de ceremonia entre los soberanos y usábase en sus coronaciones, entradas reales, y segun aqui vemos, tambien en sus exequias; aunque siendo los reyes de Aragón considerados como canónigos de la catedral en virtud de clerical privilegio, puede ser que lo usasen tambien por esta razon. El bonete era una especie de casquete ajustado á la cabeza, cubriendo parte de las orejas, y fue de uso general en el siglo XV.

(5) *Scales*.

(6) El edificio así llamado (*Audiencia del Veguer*) habia sido famoso castillo en la época romana, despues residencia vizcondal de los Salomones y Vifredos, y modernamente cárcel, de la cual se ven todavia algunos restos.

(7) Esta puerta es la principal de la iglesia, donde aun se ven las figuras de los *faquines* que la costearon. El coro, tiempo ha que dejó de existir en el centro del templo. El cementerio, ahora plazuela, conserva aun la fuente gótica que aqui se menciona.

(8) *Capel ardente*, *cobija* ó *somnifera ardiente*.

lado del altar mayor, cubriéndose ambas con el suntuoso palio de brocado de oro. De todo lo practicado, se formó acta é instrumento público.

Era este rey muy dadivoso, en prueba de lo cual apenas se le encontró numerario á la fecha de su muerte, si bien tenía abundante montería y valiosos joyeles, cosas que dan mucho realce á la magestad (1) (*).

REVISTA DE LA QUINCENA.

A las doce de la mañana del 18, nueve días después de la muerte del señor arzobispo de Toledo, se verificó la traslación de su cadáver á la capital del arzobispado. Una parte de la guarnición se hallaba formada de antemano en diversos puntos de la carrera que debía seguir la comitiva, la cual á la hora señalada se puso en marcha desde el palacio arzobispal, siguiendo por las calles del Sacramento, Mayor y Alcalá, hasta el Prado y puerta de Atocha. La comisión de palacio encargada de escoltar el féretro, lo entregó allí á la diputación que el clero de Toledo había enviado, y que debía acompañarle en el camino.

La comitiva se componía según el orden en que salió del palacio arzobispal, de los acogidos en los colegios de Doctrinos y Desamparados; las cruces parroquiales con el clero de cada parroquia; el Tribunal eclesiástico de Madrid y el cabildo de curas párrocos, el primero presidido por su fiscal y el segundo por el vicario; varios eclesiásticos que llevaban la cruz y los atributos de la dignidad cardenalicia; el cadáver del cardenal arzobispo conducido en un coche-estufa de la casa real, rodeado de los maceros del Senado y seguido de un piquete de albarderos; los convidados y amigos del difunto presididos por el señor patriarca, y la guardia de honor que corresponde á un general en jefe muerto en campaña.

Toda esta fúnebre procesión iba precedida de un piquete de guardia municipal á caballo, y seguida de cincuenta á sesenta carruajes. Junto á la fuente llamada de la Alcañal se habían detenido en carretela descubierta, sin escolta ni servidumbre, la reina y el rey vestidos de negro, que habían ido á despedirse de los restos del prelado. SS. MM. vieron allí desfilir la comitiva, y puestos de pie oyeron cantar un responso por el alma de su eminen-

Hecha la entrega del cadáver á la diputación del clero de Toledo, el coche fúnebre tomó la carretera general con su nuevo acompañamiento, pasando la primera noche en Parla y la segunda en Orlas. En este último punto esperaba el cabildo de la catedral, que acompañó el cuerpo del finado hasta depositarlo, después de algunos días de espesición pública, en el panteón donde descansan los restos de los arzobispos sus antecesores. El 25 se celebraron sus funerales con toda pompa en la iglesia de San Isidro; y hoy por complemento de esta relación y de la noticia biográfica que insertamos en el número anterior, damos el retrato del ilustre difunto.

Dos días después de su traslación se verificaba en el cementerio de San Nicolás otra ceremonia fúnebre: la de trasladar al panteón que les está destinado, los restos mortales de Argüelles, Calatrava y Mendizábal. Comenzó la ceremonia por una misa solemne que se cantó en la capilla del cementerio; después los tres atahudes cubiertos de coronas de siemprevivas, fueron conducidos procesionalmente al templete que da frente al panteón; y habiéndose cantado por el clero las oraciones de costumbre, el presidente de la comisión general San Miguel, el señor don Francisco Luxan, el señor don Pedro Calvo Asensio y el señor Argüelles, pariente del difunto, pronunciaron sentidos discursos alusivos á la solemnidad que se estaba verificando. Leyéronse también algunas composiciones poéticas, y en seguida se depositaron los féretros en la bóveda del panteón, separándose la numerosa concurrencia que á pesar del mal tiempo había acudido á autorizar la solemne ceremonia.

Nunca ha habido un Carnaval tan fecundo en solemnidades fúnebres; y para que todo fuese triste hasta el último día, los tres que precedieron al miércoles de Ceniza han sido por lo lluviosos, de los peores de este invierno, hasta el punto de impedir la salida de las alegres comparsas que otros años recorren las calles de la capital. Solamente el domingo pudo reunirse en el Prado alguna concurrencia, que si bien numerosa, no llegó ni con mucho á lo que hemos visto otros años.

Los bailes, sin embargo, no han dejado de estar animados, y en el año actual ha habido en este punto una nove-



EL CARDENAL D. JUAN JOSE BONEL Y ORBE.

dad digna de mencionarse. Hablamos de dos bailes de niños dados el uno en el palacio de Villahermosa, y el otro en casa del señor don José Ceriola. El primero ha dado origen á una admirable descripción llena de poesía, ternura y sentimiento, y debida á la pluma de una de nuestras más célebres escritoras. Tratar de pintarlo nuevamente, sería de parte del autor de esta revista repetir el ejemplo del cuervo de la fábula que quiso imitar al águila; y como no hay diferencia entre una y otra fiesta de esta especie, suprimimos por la misma razón la descripción del segundo baile.

Los teatros han estado también muy concurridos, gracias á la lluvia, pues por mas que diga Moratin, es lo cierto que cuando llueve valen mas las comedias. La prueba es que *La corte de Mónaco* y *Fra-Diavolo* se han visto favorecidas por un grandísimo número de espectadores: la primera es de los señores Navarrete y Saldoni, autor aquel de la letra y este de la música. Es de suponer que el señor Navarrete no se haya propuesto aumentar su reputación literaria con esta obra, cuyo argumento se reduce á una crisis ministerial en uno de esos principados cuyo soberano

*Se couchant de côté
courage de son corps, toute sa principauté.*

Hallándose su alteza sin ministros, echa mano para este efecto de una compañía de ópera. De aquí varios chistes no muy originales y que hacen reír mas ó menos según la novedad que cada uno les encuentra. El pensamiento mismo de la zarzuela tampoco es nuevo; recordamos haberle visto desenvuelto en una producción francesa (creemos que de Scribe): solamente que la acción en vez de pasar en Italia pasa en Alemania, y que la compañía en vez de ser de ópera es de verso.

Fra-Diavolo es pura y simplemente una traducción de una mala comedia francesa. Mucho se admiraría el personaje histórico, puesto en escena en esta producción, si levantándose de su sepulcro viera que un autor francés, después de suponerle saltador de caminos y héroe de varias aventuras galantes, le hacia alistarse en las banderas de Bonaparte. Fra-Diavolo ó fray-diablo fue un guerrillero calabrés de principios del siglo, que habiendo hecho la guerra á los franceses en defensa de su patria con menos fortuna que por acá el cura Merino y otros sus contemporáneos, cayó prisionero de los franceses, los cuales le ahorcaron en Nápoles en 1806. El autor francés le ha hecho aparecer en escena persiguiendo las guineas de un lord y galanteando á una lady coqueta, mientras un sargento, con su partida, procura cogerle las vueltas. Dos ó tres veces vemos á este sargento mandar el manejo del arma á los suyos delante de los espectadores; y las entradas y salidas de la tropa, las precauciones de Fra-Diavolo disfrazado de conde, la coquetería de milady, la indispensable ridiculez de milord y los sencillos amores del sargento con una aldeana, forman todo el argumento. El autor, en una de las escenas de mas efecto, hace desnudar á esta tímida joven para meterse en la cama; y el espectáculo iba ya conmoviendo demasiado al público, cuando afortunadamente la muchacha recordó que no había rezado, y habiéndose puesto á implorar la protección del cielo, la sorprendió el sueño en esta actitud interesante.

Con esta zarzuela el teatro de la calle de Jovellanos ha terminado el Carnaval: la Cuaresma no promete ser mas fértil en acontecimientos dramáticos. Otras funciones de muy distinta índole llamarán sin duda en ella la atención.

En efecto, una comisión compuesta de un antiguo monge del Escorial y del administrador del real patrimonio, se ha presentado al rey pidiéndole fondos para poder colocar en la próxima Semana Santa el grandioso monumento que posee aquel monasterio. S. M. prometió cuanto fuere necesario para que se celebren las funciones con la mayor pompa y solemnidad. El monumento, que ha veinte y cinco años se encuentra cubierto de polvo en los almacenes, es obra de grandes artistas y causa la admiración de cuantos le ven. La última vez que se colocó en el templo en 1832, acudió a verlo tanta multitud de forasteros, que una gran parte tuvieron que acamparse. Este año no promete ser menor la concurrencia, y en el Escorial se hacen ya preparativos para recibirla.

La Sociedad económica de Amigos del país de Barcelona ha abierto una suscripción para un objeto altamente moral y filantrópico. Trátase de reunir los fondos necesarios para conceder premios en metálico á los jornaleros que mas se hayan distinguido por sus acciones virtuosas; estos premios, según el programa, se adjudicarán, si es posible, en el mes de noviembre, publicándose los nombres y las circunstancias de los agraciados y el hecho á que hayan debido tan honrosa distinción.

Mientras la Sociedad barcelonesa trabaja por reunir los elementos necesarios para llevar á cabo su buen propósito, la Matritense se ocupa también en premiar el mérito; y en una de las últimas sesiones ha concedido dos premios al señor don José Botana por sus preciosas obras de nácar trabajadas con no visto primor. El señor Botana ha encontrado nuevas especies de conchas nacaradas en las playas de Galicia, ha inventado un método ingenioso para despojarlas de la capa terrea y dejar en su pureza el nácar, y por medio de sencillas y económicas preparaciones ha logrado dar á las conchas multitud de aplicaciones diversas. La Sociedad le ha premiado con la medalla de oro y un certificado de mérito.

Continúa la animación en los astilleros de Vizecaya, donde hace pocos días se han contratado fragatas de ciento cincuenta pies de quilla ademas de los muchos buques que hay armados en los astilleros. El gobierno toma también disposiciones para activar las construcciones que se están verificando en los arsenales del Estado, y todo anuncia que así la marina mercante como la militar, recibirán este año un regular aumento.

En el extranjero las obras mas notables que van á inaugurarse son las del camino de hierro del Mediterráneo al Eufates y el ferro-carril del istmo de Panamá. El 20 de enero salieron de Alepo los ingenieros ingleses que están al frente de las obras del primero de estos caminos, á fin de señalar la línea que ha de pasar por Seleucia y cuyos estudios están ya terminados. El ferro-carril del Istmo es una de las mayores maravillas del arte; y ha sido necesario para construirlo arrancar árboles de extraordinarias proporciones, desecar pantanos, levantar arcos inmensos, y lo que es peor, sacrificar muchas vidas á consecuencia de los miasmas pestilentes desprendidos de aquellos terrenos.

Prevenimos á los Señores que deseen favorecernos con artículos para la inserción en este periódico, que no respondemos de los que se nos remitan cuando por cualquier motivo no se inserten.



PRECIO DE LA SUSCRICION.

MADRID.	PROVINCIAS.
Por números sueltos á 2 rs.	Tres meses. 14
Tres meses. 11	Seis id. 25
Seis id. 21	Un año. 48
Un año. 40	En el extranjero un año. 70

A los suscritores de Madrid y Provincias que se suscriban por un año se les dan gratis entregas de la *Biblioteca Ilustrada* por valor de lo que pagan por el periódico, de manera que les resulta gratis; todo conforme al Prospecto que se halla en los puntos de suscripción.

DIRECTOR, D. J. GASPÁR.

MADRID: IMPRENTA DE GASPÁR Y ROG, EDITORES, PRINCEPE, 4.

(1) Zurita, Anales de Aragón, lib. 20, cap. 21, dice: « Para celebrar las obsequias de este príncipe fue necesario vender el oro y plata que había en su recámara por no tener dinero ninguno, y para socorrer á los oficiales y criados de la casa que estaban en extrema necesidad, y empeñáronse las joyas en cantidad de 10,000 florines que bastaron para suplirlo, hasta empeñar el collar de la orden del Toison que traía el rey ordinariamente como hermano de aquella orden del duque de Borgoña, que fue caso bien digno de consideración.»

(*) En el próximo número daremos un curioso é interesante apéndice á esta narración, que trata de las ceremonias fúnebres celebradas por los judíos.